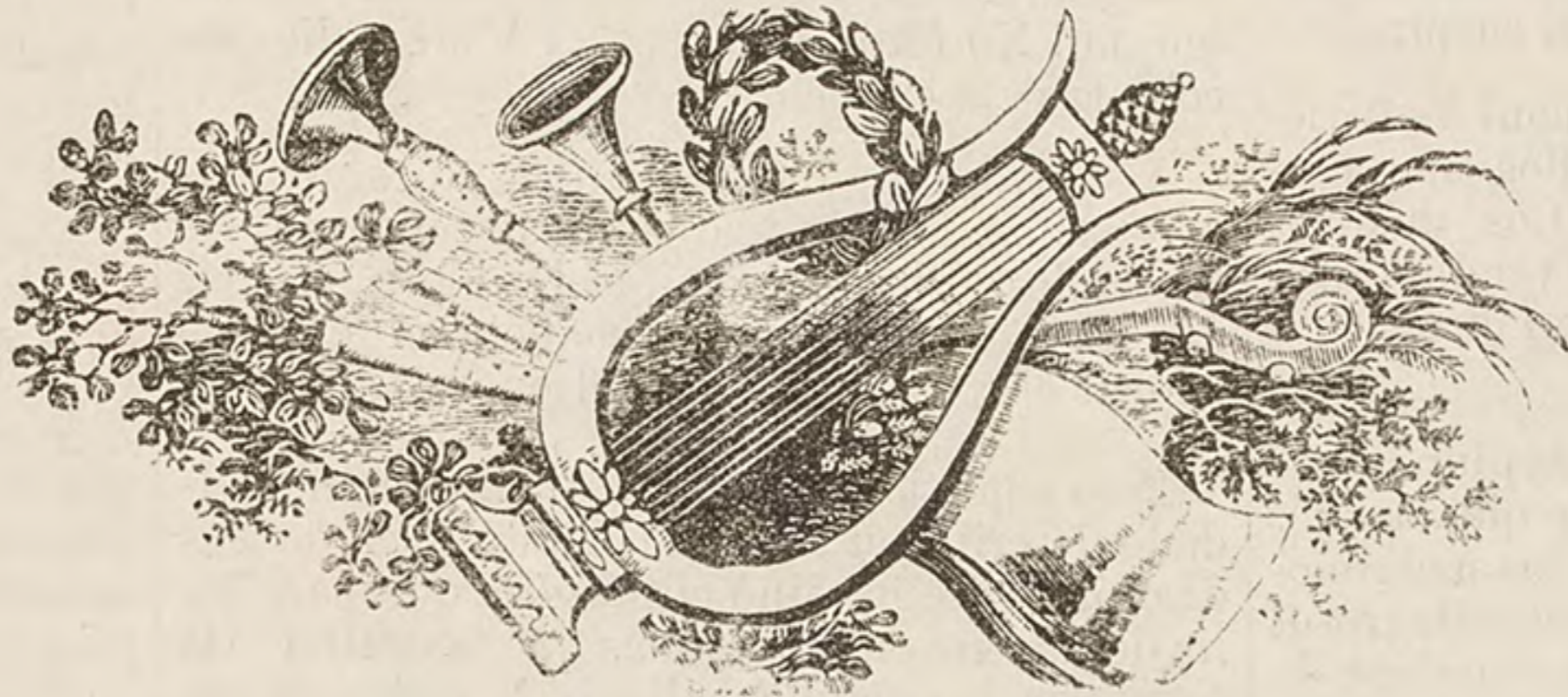


L A L B O R A D A
 SEMANARIO
 DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 10 de Julio de 1875

Núm. 39.

SUMARIO.

Donde y como el diablo perdió el poncho, (cuento tradicional) por Ricardo Palma.—Pobre madre, poesía, por J. Rosas.—Nadie publique su secreto, (tradiccion) por Miguel Luis Amunátegui.—La Lógica, por Eloy Truque.—Trinidad Enriquez.—Contrastes matrimoniales, por la Sra. Carmen Garrido de Alvarado.—Mosaico, por la señorita Adriana Buendía.

DONDE Y COMO EL DIABLO PERDIO EL PONCHO. (*)

(CUENTO DISPARATADO.)

A mis amigos Juan P. Ferdinandini y Manuel Perez, diputados por Ica.

Y sepase usted, querido, que perdí la chaveta y anduve en mula chúcara y con estribos largos, por una muchacha nacida en la tierra donde al diablo le quitaron el poncho.

Asi terminaba la narracion de una de las aventuras de su mocedad mi amigo don Adeodato de la Mentirola, anciano que militó al lado del coronel realista Sanjuanena, y que hoy mismo prefiere á todas las repúblicas teóricas y prácticas, habidas y por haber, el paternal gobierno de Fernando VII. Quitándole esta debilidad ó mania, es mi amigo don

(*) Con esta conseja popular, dá el autor principio á la cuarta serie de tradiciones que se propone escribir.

Adeodato una halaja de gran precio. Nadie mejor informado que él en los trapicheos de Bolívar con las limeñas, ni nadie como él sabe al dedillo la antigua crónica escandalosa de esta ciudad de los Reyes. Cuenta las cosas con cierta llaneza de lenguaje que pasma, y yo que me pirro por averiguar la vida y milagros, no de los que viven sino de los que están pudriendo tierra, ando pegado á él, como boton á la camisa, y le doy cuerda y el señor de la Mentirola afloja lengua.

—¿Y dónde y cómo fué que el diablo perdió el poncho?—le interrogué.

—Cómo!!! ¿Y usted, que hace décimas, y que la echa de coronista, y que escribe en los papeles públicos, ignora lo que en mi tiempo sabian hasta los chicos de la amiga? Así son las reputaciones literarias desde que entró la patria. Hojarasca y soplillo!

—Qué quiere usted, don Adeodato? Confieso mi ignorancia y ruégole que me ilustre, que enseñar al que no sabe precepto es de la doctrina cristiana.

Parece que el contemporáneo de Pezuela y La-Serna se sintió halagado con mi humildad; porque, tras encender un cigarrillo, se arrellanó cómodamente en el sillón y soltó la sinhuera con el relato que vá en seguida. Por supuesto que, como ustedes saben, ni Cristo ni sus discípulos soñaron en traspasar los Andes (aunque doctísimos historiadores afirman que el apóstol Tomás ó Tomé predicó el Evangelio en América) ni en esos tiempos se conocian el telégrafo, el vapor y la imprenta. Pero háganse ustedes de la vista miope con estos y otros anacronismos, y ahí vá *ad pedem literæ* la conseja.

I.

Pues, señor; cuando Nuestro Señor Jesucristo peregrinaba por el mundo, caballero en una mansísima borrica, dando vista á los ciegos y devolviendo á los tullidos el uso y abuso de sus miembros, llegó á una region donde la arena formaba horizonte. De trecho en trecho, alzábase enhiesta una palmera bajo cuya sombra solian detenerse el Divino Maestro y sus discípulos escojidos, los que, como quien no quiere la cosa, llenaban de dátiles las alforjas.

Aquel arenal parecia ser eterno; algo, así como Dios, sin principio ni fin. Caia la tarde, y los viajeros tenian ya entre pecho y espalda el temor de dormir sirviéndoles de toldo la bóveda estrellada, cuando con el último rayo de sol dibujóse en lontananza la silueta de un campanario.

El Señor se puso la mano sobre los ojos, formando visera para mejor concentrar la visual, y dijo.

—Allí hay poblacion. Pedro, tú que entiendes de náutica y geografia, me sabrás decir qué ciudad es esa?

San Pedro se relamió con el piropo y contestó:

—Señor, esa ciudad es Ica.

—Pues pica, hombre, pica!

Y todos los Apóstoles hincaron con un huesito el anca de los rucios y, á galope polinesco, se encaminó la comitiva al poblado.

Cerca ya de la poblacion se apearon todos para hacer una mano de *toilette*. Se perfumaron las barbas con bálsamo de Judea, se ajustaron las zandalias, dieron un brochazo á la

túnica y al manto y siguieron la marcha, no sin prevenir antes el buen Jesús á su Apóstol favorito.

—Cuidado, Pedro, con tener malas pulgas y cortar orejas. Tus genialidades nos ponen siempre en compromisos.

El Apóstol se sonrojó hasta el blanco de los ojos y nadie habría dicho, al ver su aire bonachon y compungido, que había sido un cortacaras.

Los iqueños recibieron en palmas, como se dice, á los ilustres huéspedes; y aunque á ellos les corria prisa continuar su viaje, tan buenas trazas se dieron los habitantes para detenerlos y fueron tales los agasajos y festejos, que se pasaron ocho días como un suspiro.

Los vinos de Elias, Boza y Falconí anduvieron á boca qué quieres. En aquellos ocho días fué Ica un remedo de la gloria. Los médicos no peleaban ni los boticarios vendían drogas: no hubo siquiera un dolor de muelas ó un sarampioncito vergonzante.

A los escribanos les crió moho la pluma, por no tener ni un mal testimonio de que dar fé. No ocurrió la menor pelotera en los matrimonios y, lo que es verdaderamente milagroso, se les endulzó la ponzoña á las serpientes de cascabel que un naturalista llama suegras y cuñadas.

Bien se conocía que en la ciudad moraba el Sumo Bien. En Ica se respiraba paz y alegría y dicha.

La amabilidad, gracia y belleza de las iqueñas inspiraron á San Juan unas coplas con estrambote, que se publicaron á la vez en el *Comercio*, *Nacional y Patria*, y se reprodujeron no sé si en la *Alborada* ó el *Correo del Perú*. Los iqueños, entre copa y copa, comprometieron al Apóstol-poeta para que escribiese el Apocalipsis.

Pindárico poema, inmortal obra,
Donde falta razon; mas génio sobra.

En estas y las otras, terminaba el octavo día, cuando el Señor recibió un parte telegráfico en que lo llamaban con urgencia á Jerusalem, para impedir que la Samaritana le arrancase el moño á la Magdalena; y recelando que el cariño popular pusiera obstáculos al viaje, llamó al jefe de los Apóstoles, se encerró con él y le dijo:

—Pedro, componte como puedas; pero es preciso que con el alba tomemos el *tole*, sin que nos sienta alma viviente. Circunstancias hay en que tiene uno que despedirse á la francesa.

San Pedro redactó el artículo del caso en la orden general, lo puso en conocimiento de sus subalternos, y los huéspedes anochecieron y no amanecieron bajo techo.

La Municipalidad tenía dispuesto un *albazo* para aquella madrugada; pero se quedó con los crespos hechos. Los viajeros habían atravesado ya la laguna de Huacachina y perdidose en el horizonte.

Desde entonces, las aguas de Huacachina adquirieron la virtud de curar todas las dolencias, exepctuando las mordeduras de los *monos bravos*.

Cuando habían ya puesto algunas millas de por medio, el Señor volvió el rostro á la ciudad y dijo:

—Con que dices, Pedro, que esta tierra se llama Ica?
—Si, señor. Ica.

—Pues, hombre ¡Qué tierra tan rica!
Y, alzando la mano derecha, la bendijo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

II.

Como los corresponsales de los periódicos hubieran escrito á Lima, describiendo larga y pomposamente los jolgorios y comilonas, recibió el Diablo, por el primer vapor de la mala de Europa, la noticia y pormenores transmitidos por todos nuestros órganos de publicidad.

Diz que *Cachano* se mordió de envidia el hocico ¡pícaro trompudo! y que exclamó:

—¡Caracoles! Pues yo no he de ser menos que él! No faltaba mas. . . . A mi nadie me echa la pata encima.

Y convocando incontinenti á doce de sus cortesanos, los disfrazó con las caras de los Apóstoles. Porque eso sí, el Diablo sabe mas que un cómico y que una coqueta en esto de adobar el rostro y remedar fisonomias.

Pero como los corresponsales hubieran olvidado describir el traje de Cristo y el de sus discípulos, se imaginó el *Maldito* que para salir del atrezo no tenía mas que consultar las estampas de cualquier album de viajes. Y sin mas ni mas, él y sus camaradas se calzaron botas granaderas y echáronse sobre los hombros capa de cuatro puntas, es decir, *poncho*.

Los iqueños, al divisar la comitiva, creyeron que era el Señor que regresaba con sus escojidos y salieron á recibirlo, resueltos á echar esta vez la casa por la ventana, para que no tuviese el Hombre-Dios motivo de aburrimiento y se decidiese á sentar para siempre sus reales en la ciudad.

Los iqueños, eran hasta entonces felices, muy felices, archi-felices. No se ocupaban de política, pagaban sin chistar la contribucion y les importaba un pepino que gobernase el preste Juan ó el moro Muza. No había entre ellos chismes ni quisquillas de barrio á barrio y de casa á casa. No pensaban sino en cultivar los viñedos y hacerse todo el bien posible los unos á los otros. Rebosaban, en fin, tanta ventura y bienandanza que daban dentera á las comarcas vecinas.

Pero *Carrampempe*, que no puede mirar la dicha ajena sin que le castañeteen de rabia las mandíbulas, se propuso desde el primer instante meter la cola y llevarlo todo al barrisco.

Llegó el *Cornudo* á tiempo que se celebraba en Ica el matrimonio de un mozo como un carnero con una moza como una oveja. La pareja era como mandada hacer de encargo, por la igualdad de condicion y de caracteres de los novios, y prometía vivir siempre en paz y en gracia de Dios.

—Ni llamado con campanilla podría haber venido yo en mejor oportunidad—pensó el Demonio.

Pero desgraciadamente para él, los novios habían confesado y comulgado aquella mañana; por ende, no tenían vigor sobre ellos las asechanzas y tentaciones del *Patudo*.

A las primeras copas bebidas en obsequio de la dichosa pareja, todas las cabezas se trastornaron, no con aquella alegría del espíritu, noble, expansiva y sin malicia que reinó en los banquetes que honrara el Señor con su presencia, sino con el delirio sensual é inmundo de la materia.

Un mozalvete, especie de Don Juan Teno-

rio en agraz, principió á dirigir palabras subversivas á la novia; y una jamona, jubilada en el servicio, lanzó al novio miradas de codicia. La vieja aquella era petróleo purito y buscaba en el joven una chispa de fosfórica correspondencia para producir un incendio que no bastasen á apagar la bomba Garibaldi ni todas las compañías de bomberos.

No paró aquí la cosa.

Los abogados y escribanos, se concertaron para embrollar pleitos; los médicos y boticarios, celebraron acuerdo para subir el precio del *agua fontis*; las suegras, se propusieron sacarles los ojos á los yernos; las mujeres, se tornaron pediguéñas y antojadizas de joyas y trajes de terciopelo; los hombres serios, hablaron de clubs y de bochinchas; y para decirlo de una vez, hasta los municipales vociferaron sobre la necesidad de imponer al prójimo contribucion de diez centavos por cada estornudo.

Aquello era la anarquía con todos sus horrores. Bien se vé que el *Rabudo* andaba metido en la danza.

Y corrian las horas, y ya no se bebía por copas sino por botellas; y los que antaño se arreglaban pacíficas *monas*, se arrimaron esa noche una *mona* tan brava. . . . tan brava. . . . que rayaba en hidrofóbica.

La pobre novia que, como hemos dicho, estaba en gracia de Dios, se aflijía é iba de un lado para otro, rogando á todos que pusiesen paz entre dos guapos que, armados de sendas estacas, se estaban suavizando el cordobán á garrotazos.

—El diablo se les ha metido en el cuerpo: no puede ser por menos—pensaba para sí la infeliz, que no iba descaminada en la presuncion, y acercándose al *Uñas-largas* lo tomó del poncho, diciéndole:

—Pero, Señor, vea usted que se matan. . . .
—Y á mí qué me cuentas?—contestó con gran fiema el *Tiñoso*—Yo no soy de esta parroquia. . . . Que se maten en hora buena! Mejor para el cura y para mí.

La muchacha, que no podía por cierto calcular todo el alcance de una frase vulgar, le contestó:

—Jesus! Y qué malas entrañas había su merced tenido! La cruz le hago.

Y unió la accion á la palabra.
No bien vió el *Maligno* los dedos de la chica formando las aspás de una cruz, cuando quiso escaparse como perro á quien ponen maza; pero teniéndolo ella sujeto por el poncho no le quedó al *Tunante* mas recurso que sacar la cabeza por la abertura, dejando la capa de cuatro puntas en manos de la doncella.

El *Paton* y sus acólitos se evaporaron; pero es fama que desde entonces viene, de vez en cuando, Su Majestad Infernal á la ciudad de Ica en busca de su poncho. Cuando tal sucede, hay larga francachela entre los *monos bravos* y. . . .

Pin-pin,
San Agustin,
Que aqui el cuento tiene fin.

RICARDO PALMA.
Lima, Julio 7 de 1875

¡POBRE MADRE!

APÓLOGO DRAMÁTICO.

PERSONAJES: Un polluelo,
Una ave llena de amor,
Un galan encantador.

LA LOGICA.

A JULIO TRUQUE.

LA lógica es á la inteligencia humana lo que un torno de hierro macizo al débil objeto que se oye crujir entre sus dientes.

Es decir que, aprisionada la inteligencia, cuando no va por la senda de la verdad, en las frias y pesadas mazas de una deducción lógica, verdadera, tiene la misma salida que el pequeño cuerpo comprimido en el torno.

Antes de ser hombres debemos ser lógicos. Creo que nada hay tan importante para la vida del hombre como el estudio de esta parte de la filosofía.

Voy á explicar mi pensamiento.

En todas las ciencias profundizadas severamente por el sábio; en todas las artes perfeccionadas hasta el último grado; en la formación de los gobiernos y constitución de los pueblos; en el acopio de capitales que llega á merecer el nombre de riqueza; en todo lo perfecto—para concluir—el hombre estudioso encuentra una base, un instrumento poderoso, tal vez el principal elemento de formación: esto se llama método.

Ahora bien: el método es la base fundamental de la lógica.

Y como el conocimiento de esas ciencias y esas artes, la formación acertada de esos gobiernos y el bienestar consiguiente de los pueblos, las riquezas, todo lo *confortable* y perfecto—muy bien pudiera apellidarse *la felicidad del hombre*, y como todas esas cosas no se adquieren sino por medio del trabajo, que no es otra cosa que el resultado del método, al que no se llega de una manera completa sino por medio de la lógica; podemos deducir rigurosamente que:

El conocimiento de la lógica, el procedimiento basado en el método, es lo más importante para el hombre.

La lógica, empero, es ciega y ruda como el cuerpo que, en virtud de la ley de atracción, cae de una altura considerable, sin reparar los daños que su choque origina.

La lógica toca los extremos más opuestos que se conocen: la verdad y el error.

Sin embargo, en este último caso no es culpable.

El hacha de la guillotina no pende sino de una débil cuerda: cortada esta cuerda, el hacha cae, con su fatal peso, y causa la muerte de la víctima.

Así es la lógica.

Una vez propuestas y admitidas las premisas del argumento, la consecuencia se desprende de ellas la naturalidad más grande del mundo.

Rigurosamente hablando, esta consecuencia es lo que se llama lógica.

Las premisas podrán ser falsas: la deducción es verdadera.

Pero esta verdad no es sino relativa.

Relativa á la naturaleza de las premisas; mas nunca á la realidad que se trata de descubrir.

O en otros términos.

Esa consecuencia, intrínsecamente falsa, es una verdad lógica; pero no una verdad como la que expresa San Agustín en estas palabras: *Verum est id quod est.*

De esto se deduce que es sobremanera importante establecer premisas verdaderas para obtener resultados verdaderos, y no admitir nunca al adversario antecedentes falsos.

Todo esto nos lo enseña la lógica.

Por ella aprendemos á discernir lo verdadero de lo falso, y á encontrar en la primera

proposición, rechazándolo tan luego como lo sorprende la regla, el vicio de la argumentación.

La lógica es, pues, el escudo con que paramos los tiros del error.

Si somos lógicos seremos invencibles en el terreno de la verdad.

Cuidemos, por tanto, de sentar siempre proposiciones verdaderas, y desechemos, sin pérdida de tiempo, como lo enseña Bálmes la premisa en que se halle el vicio del argumento.

Porque sin admitir premisas, el contrario no podrá deducir consecuencias, y en el caso de que él proceda de buena fé, debemos analizar é impugnar aquellas hasta sacarle de su error.

Admitir proposiciones falsas en el campo de la discusión, es entregarnos, maniatados á nuestro antagonista, es renunciar temerariamente á los derechos que sobre él nos conceden la verdad y la razón.

La lógica nos enseña á evitar estos lances.

Esto en cuanto á las argumentaciones ó discusiones filosóficas.

Pero en la vida práctica, en el mundo corpóreo, es donde más se encuentra, y debe encontrarse, el método, es decir: la base de la lógica.

Examinemos, sino, un objeto cualquiera, un libro, una novela, por ejemplo.

Si hemos de remontarnos al origen primitivo del libro, debemos desde luego pensar en el trabajo intelectual de su autor.

Por medio de la hipótesis averiguemos el motivo de este trabajo.

Es evidente que la sociedad, así como el individuo, tiene virtudes y prácticas acciones que merecen bien una alabanza, así como hay en su seno criminales monstruosos y vicios arraigados que es preciso atacar de cualquiera manera.

El autor conoció esas cualidades y esos defectos sociales, alegróse en su corazón de aquellas, reprobó estas, y luego concibió la idea de escribir una novela que diese á conocer sus sentimientos, sirviendo á la vez de una feliz enseñanza.

Hasta aquí la idea, que no existe sino en la mente del escritor, no puede ser más lata: resultado corpóreo ó material—ninguno.

Pero viene luego el verdadero trabajo, el trabajo de la inteligencia, la división en pocas ó en muchas partes del pensamiento concebido. Para esto el pobre escritor tiene que pensar mucho, sufrir insomnios, *devanarse los sesos.*

Una vez adoptado el plan de la obra, los personajes que en ella deben figurar, sus nombres, sus caracteres & aproximase el trabajo material.

Antes de este no veíamos objeto corpóreo que fuese el resultado de las elucubraciones del literato; pero ya no hay la vaguedad primitiva de la idea; existe un pensamiento, pero un pensamiento analizado cuyos elementos ha desmembrado perfectamente y colocado en sus respectivos lugares, el autor.

Hechos estos preparativos previos, el volumen brota de la mente de aquel con una facilidad cien veces mayor que la que hubiera encontrado sin tal requisito.

Tenemos ya el volumen manuscrito. Examinemos las divisiones *metódicas* adoptadas por el autor.

Se compone de quince libros; cada libro de diez ó más capítulos, cada capítulo de otros tantos artículos, y así sucesivamente hasta llegar á divisiones pequeñísimas llamadas párrafos ó incisos. Hé aquí el método resaltando á primera vista.

¿Cuál fué el resultado del pensamiento primitivo, del trabajo mental, de la clasificación

y desmembración de ideas, del conjunto ó reunión de esas divisiones materiales & ?

Un libro.

Que, intelectual y físicamente, bien pudiera llamarse: una consecuencia.

Larguísima sería nuestra tarea si hubiésemos de continuar examinando la manera como se confeccionó el libro en la imprenta, en la cual encontraríamos su trabajo puramente material. Es en esos establecimientos, en las grandes fábricas donde el observador puede notar el más completo método.

Pero basta lo espuesto para que se comprenda que solo de los procedimientos rigurosamente metódicos, podremos obtener resultados completos y satisfactorios.

Es, pues, de alta importancia proceder en todo con método, y para esto es necesario ser lógico.

Estudiemos este ramo de la filosofía si queremos no ser sorprendidos en las redes de un sofisma y obtener un éxito feliz en todos los actos ó empresas de nuestra vida.

ELOY TRUQUE

1875. Lima, Junio 30.

TRINIDAD M. ENRIQUEZ.

ESTA señorita cuzqueña, venciendo no pocas dificultades y resistencias, ha rendido muy lucidos exámenes en la Universidad del Cuzco, para continuar sus estudios académicos.

La señorita Enriquez, es la primera mujer que, en el Perú, y tal vez en la América del Sur, se propone seguir la difícil carrera del foro, cuya contracción y austeridad en el estudio, parece que solo el hombre podía superar. Sin embargo, este nuevo acontecimiento, que así podemos llamarlo, nos manifiesta que la mujer puede conseguir, mediante el estudio, el honroso título de abogado y ocupar un lugar distinguido en nuestras Universidades.

Muy honroso sería para el país si nuestras inteligentes compatriotas tratasen de imitar la conducta altamente recomendable de la señorita Enriquez.

Recomendamos á nuestros lectores la lectura de los siguientes acápites, en que se ocupa un periódico del Cuzco del asunto que tratamos.

“En los tiempos del coloniage que pesaba sobre nuestra oprimida patria, y aun hasta ahora pocos años, era creencia general que la mujer no tenía más misión, ni debía aspirar más que, á cuidar debidamente la casa de sus padres ó de su marido, ó enterrarse viva en un monasterio; por eso, su instrucción se desdichaba enteramente y cuando más se la enseñaban los adornos más necesarios para ser agradable á los que la rodeaban; nunca se pensaba darles una profesión honrosa ú ocupación algo productiva y ventajosa, y la condición de las mujeres era la de niños. Entónces, todos habrían perseguido cruelmente á la que hubiese aspirado pisar el santuario de las ciencias, la Universidad; mas hoy, merced al progreso y á la corriente de las ideas, con gran placer y entusiasmo, contemplamos á la señorita Trinidad M. Enriquez, que rinde severos pero lucidos exámenes de Instrucción Media, con el objeto de que se la matricule en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad.

“La señorita Enriquez para llegar á este punto, ha tenido que sufrir muchas contrariedades y sacrificios; pero su ánimo no ha desfallecido y la hemos visto marchar siempre serena, en pos, no de glorias, ni de considera-

ciones, sino únicamente en pos de su dorado sueño—“la mejora de la condicion social de la mujer.”

“La hemos visto sucesivamente rindiendo lucidos exámenes para obtener un profesorado en el colegio de educandas; enseñando, entusiasta y con gran provecho, la clase de Geografía en él y últimamente, dirigiendo con notable acierto un colegio particular de Instrucción Media de niñas, que ha sostenido por 4 años hasta perjudicando sus propios intereses. Los exámenes rendidos por sus alumnas han sido brillantes y el pueblo ha concurrido ansioso al salon municipal á admirar y aplaudir. Estos triunfos le crearon muchos enemigos, y por solo haber enseñado en su establecimiento los ramos de Filosofía, Historia Natural, Química, Algebra & la han herido desde el púlpito y la han perseguido con crueldad; mas tampoco desfalleció.

“Últimamente, no queriendo dejar su obra incompleta, solicitó ingresar á la Universidad, presentándose con los requisitos exigidos para el caso, y despues de mucho esperar, solo obtuvo la negativa. Entónces recurrió al Supremo Gobierno y felizmente el buen éxito ha coronado su constancia y esfuerzos. Como los certificados de sus exámenes no tenían valor académico, la han obligado á rendir en el salon de la Universidad los exámenes de todos los ramos de la Instrucción media. Sin arredrarse con esta medida que la va cumpliendo, ha rendido ya durante siete noches casi la totalidad de los ramos con éxito brillante.

“Con este motivo reconocemos una vez mas, que el triunfo de la verdad, si bien se hace esperar, llega siempre y que todo es posible cuando hay constancia, buena fé y se obra conforme á los dictados de la razon y de la conciencia.

“Reciba, pues, la señorita Enriquez nuestros mas cordiales plácemes y prosiga su marcha segura de que siempre triunfará.—Felicitamos tambien al bello sexo porque ha avanzado un paso mas en la mejora de su condicion social; pues el ingreso de la señorita Enriquez en la Universidad es el ingreso de todas las mujeres que quieran, en ese templo de Minerva cerrado hasta hoy para casi la totalidad de las Sud-americanas.

De EL COMERCIO.

CONTRASTES MATRIMONIALES.

CARTA XIII.

Señor D. Juan Gualberto Padilla.

Lima 6 de Marzo de 1841.

Mi siempre presente amigo:

Despues de saludarte con el afecto que te profeso, te participo, que he puesto particular cuidado en examinar y escudriñar bien el génio y costumbres de Elvira y de su familia.

Puedo comparar á la señora con la mujer fuerte del Evangelio: es virtuosa, discreta, prudente, laboriosa. Sus hijas demuestran una esmerada educacion. Cuanto respeto, amor y obediencia profesan á sus padres! Todo el dia lo tienen ocupado: por la mañana las dos niñas hacen asear la casa, y ellas tambien ayudan, despues se peinan, y se ponen á coser. Cuando no tienen que coser para su persona, se ocupan en trabajar para los pobres. La que está de semana, guisa siempre á sus padres algun platito de su gusto. Despues de comer estudian el piano, ó bien algun libro instructivo.

Elvira, cuando está de semana, y sabe que estoy allí, sale con la naturalidad que la caracteriza; con su delantal, y así para mí está más bella, que muchas con sus artificios y lujo.

La señora Leonor y sus hijas son las criaturas mas amables que he conocido en toda mi vida.

La señora no piensa mas que en cumplir exactamente con todas sus obligaciones y en agradar á su esposo; siempre está celebrando su bondad, y agrega: ay! yo quisiera ser como él.

Y ten en consideracion, que D. Federico es gallo de ajute: siempre que le dá la gana, se queda á comer ó dormir en la calle; mas cuando llega, la señora lo recibe con un cariño ejemplar.

Cuando hay en esa casa, cualquier mal manejo de los domésticos, se le oculta á D. Federico, pues su señora no quiere que sepa nada que le moleste.

De manera que cuando visito á esta familia, estoy como extasiado, al ver tanta paz, tanta dulzura, y la alegría que reina en la casa.

A mí me hacen un cariño grande, y me tratan como á un hermano.

Es verdad que D. Federico dá ejemplo de ello y á menudo les dice:

—Ustedes no tienen que gastar etiqueta con el señor, porque yo sé lo que tengo en él, y lo amo como á hijo.

Así es que la bondad de este caballero y la simpatía que profeso á Elvira, junto con las raras prendas y virtudes de todos, me tienen cautivo.

Me he reido mucho, con el chascarrito que me comunicas: no dejas de tener razon para sustraerte de las ocasiones con las jóvenes; pero reconoce que los conflictos que has sufrido, han sido por que en un tiempo fuiste muy amante de las hijas de Eva, y te lanzabas á ellas sin conocerlas bien; pero ya con la experiencia que tienes, no te volverán á guardar en otro armario.

Pero ya me he embromado mucho, y me queda poco tiempo para seguir con la historia de D. Fernando, quien al volver me dijo:

—No crea Ud. que lo que le comunico es todo lo que he sufrido, no señor; no es más que el bosquejo de mis martirios.

Dije á Ud. en dias pasados, que muchos años habia tenido la paciencia de aconsejar á mi esposa en secreto todos los dias con cariño, haciéndole ver los graves males que resultarían si me llegara á faltar la paciencia, por su obstinacion; pero, amigo, nada he conseguido.

Cada dia está peor, y habla más de mí, y cumple menos con sus obligaciones; la casa y los hijos están por su cuenta; los sirvientes idem.

Si quiero una camisa, está sin botones; si tomo un calzoncillo, lo mismo; las medias rotas... Qué hacer! ya me he cansado de hablar.

La madre y las hijas, son iguales.

Toda la casa es una revolucion.

Pelean, se insultan; cuando yo por casualidad presencio algo y corrijo, esta mujer con su boca me desuella vivo.

El desórden proviene de ella, por el mal ejemplo que dá á sus hijos, y el abandono con que los cria; pues su vida es poca para estar en la calle, donde las vecinas, oyendo chismes, sobre si voy á tal ó cual parte, don-

de se figura inmediatamente, que voy con malos fines.

Así, de continuo está celándome y levantándome falsos testimonios con diferentes señoritas honradas.

Ha comprometido la vida de ellas y la mia; ha salido varias veces á perseguirme; y una vez que fui donde una señorita que habia salido de fiadora de otra por unos géneros que le fié, entró mi mujer y le dió de bofetadas.

En otra ocasion le contaré á Ud. hasta donde ha llegado la maldad de esta señora. En este momento me precisa retirarme, y se fué.

Yo tambien tengo apuro para ir á mi almacen, y siento dejar la pluma.

Sobre la misteriosa, suspendo por ahora el concepto que tengo de ella; lo que te puedo decir es, que no comprendo si es mala ó buena, por que no todo lo que parece es.

En fin: más tarde lo conocerás bien.

Adios, amado amigo.

ADOLFO OROGOITI.

CARTA XIV.

Señor D. Adolfo Orogoiti.

Cuzco 4 de Abril de 1841.

Querido amigo:

Voy á satisfacer tu justo deseo de conocer al encantador amigo de la misteriosa.

Te contaré lo que pasó.

Habiendo llegado la joven, le pregunté por su amigo; y me respondió:

—Aquí está, señor, para ponerse á sus órdenes.

Mas como no lo viese, creí que estaba en la puerta; y dije:

—Por qué no entra? y me contestó:

—Por que está aguardando su permiso.

—Es posible? pues por mi parte puede entrar con confianza.

Entonces habló con su mamá, y estame presentó un libro; y me dijo la joven:

—Ahi tiene Ud. á mi buen amigo, mi consuelo, y cuanto puedo desear.

Me quedé sorprendido, por que no aguardaba tal cosa, y la dije:

—Qué bien sabe Ud. hacer pegatas! pero la celebro, y la felicito por su buena eleccion.

Acabó de comprar y se fué.

No pude decirle nada sobre visitarla, por que el otro dia que se lo propuse, me dijo: que si se lo volvía á repetir se retiraría; y queriéndola observar mas, he alquilado una vivienda de reja, casi en frente de su casita; y todas las noches estoy al cuidado, y nadie entra.

Parece que la casa estuviese vacía; pero á las seis de la mañana, sale la señora con la niña, y sin duda van á misa; por que las veo con el denario en la mano; vuelven á las ocho del dia, deja la señora á su hija, y se va á comprar algo, por que regresa con un atado, pero la niña no sale mas.

Cualquiera la puede tener por santa, por las virtudes que yo en particular le noto. Con todo: es mujer, y ellas tienen mucha astucia, y como esta tiene talento, puede saber conducirse de un modo no comun.

Hoy la voy á aguaitar hasta las once de la noche; y si nada veo, mañana estaré hasta las doce; y si no noto nada, la pretenderé para mi esposa; si no quiere, le pediré por

favor que no vuelva á mi almacén por que su vista me atormenta.

Sobre la familia de D. Federico, veo por lo que me dices, que son inmejorables; harás buen casamiento con la Elvira; cada vez que recuerdo á esta buena familia, me viene á la memoria, la desgracia de D. Fernando en estar enlazado con esa harpía.

Nada me has dicho de ella; espero que en la primera carta que me escribas, me cuentes todo lo que hayas notado en ella.

Adios, amigo querido, goza de salud, y que todo sea felicidad.

JUAN GUALBERTO PADILLA.

Continuará



CONTINUAREMOS hoy la cuestion amoroso-político-eleccionaria que dejamos pendiente.

Recibió Ricardo el ultimatum de Carolina, y se quedó como los de la loza, como se queda una estaca en la pared. Pero restregándose los ojos, como quien vuelve de un sueño, sacudió las melenas, dió dos patadas al suelo y dijo:

Ea! esta no ha estado en su libro. Chuti: dame papel y tintero.

El mozo le proporcionó el recado de escribir, y le endilgó á Carolina la siguiente respuesta.

Señorita:

Es en mi poder su estimada que sabe á cáustico y huele á fósforos de incendio. Le doy á U. por ella un millon de agradecimientos; pero debo por U. y por mi mismo darle la siguiente respuesta:

El corazón que sirve á U. de trono para adorarla como á una diosa, no podrá prestarse jamás á ninguna accion indigna. Donde U. vive como una reyna en su palacio, no puede haber la infamia. Por eso, señorita no acepto sus indicaciones; pues no podria dejar de ser una ofensa á U. y á mi propio decoro contrariar mis simpatias, los sentimientos de mi alma y quebrantar mis compromisos, haciendome pradista y olvidando á mi General Montero.

No me dé U. su mano, en hora buena; si me ha de exigir semejante sacrificio, y tampoco le daré el terno de brillantes y el cheque de diez mil soles que en dote le habia prometido para el dia de nuestras bodas.

Su amigo
Ricardo.

Carolina ha recibido la carta, y dice que contestará.

**

Regatas hubo el Lunes y ganaron segunda vez los Chorrillanos.

Vea U. quienes serán ellos.

Hay pendiente un desafio entre peruanos y yanques que tendrá lugar en el Callao. Retados los marinos del vapor de guerra norteamericano "Onward" por los del monitor "Atahualpa", los primeros han aceptado el guante, bajo las condiciones siguientes:

1.º La carrera debe hacerse con las mismas embarcaciones y los mismos tripulantes que entraron en la regata del lunes último.

2.º Dicha carrera no debe ser de vuelta sino en linea recta y en una longitud de 2 millas.

3.º El minimum de la apuesta será de 1500 soles, y el maximum de 3000.

Los del "Atahualpa" las han aceptado en todas sus partes, fijando como apuesta el maximum propuesto de 3000. Una junta particular fijará el dia y la hora de tan espléndida regata.

¡Cuantas ilusiones y cuantos desengaños que cosechar! Niñas: no seais incantadas; afiliaos desde ahora al partido que ha de ganar.

**

La inimitable Cuarenta sigue haciendo furor en el Principal. Los trinos de su garganta de ruiseñor, producen un raudal de armonias celestiales que encantan á la par de sus hermosos ojos.

La compañía dramática Soto-Reig-Vega ha hecho un brillante estreno en el Principal. Los artistas son de lo que se llama bueno, y las obras que se dan pertenecen al mas escogido repertorio.

Un colega dice al hablar de dicho repertorio lo siguiente

"La capilla de Lanuza" fué la segunda pieza ejecutada.

Hermosa, hermosísima composicion en valiente romance heroico, cuando no en bellas quintillas ó estrofas de arte mayor. Bellísimo poema de amor y patriotismo, que conmueve el alma, que incita á llorar, que inspira el sentimiento de las grandes acciones, que convida á morir por la patria, que escarapela el cuerpo. Allí es donde Reig parece verdaderamente el Lanuza de la historia, allí es donde arrebatada. Cuando refiere el mártir de la libertad sus amores y pinta el cuadro de la muerte de Segura de Asnar, el padre de doña Isabel, entonces se crispan los nervios, y el cabello se eriza."

¿Se puede decir mas aún?

**

Cuando la fé cristiana desaparece del corazón humano, huye tambien la luz de la razon, y el cerebro humano se entrega á sus mas locos desvarios.

La mujer débil por naturaleza solo puede ser fuerte, alentando su espíritu en la fuente sagrada de la religion y la moral. Falta ese noble equilibrio en algunas almas pequeñas, y entonces las pasiones encuentran mucho campo en el terreno del infortunio y de la eterna desgracia.

Esas reflexiones me ocurren á propósito de la desgraciada noticia que comunica un periódico de Paris, y que reproduzco en seguida:

No se habla hoy en toda la colonia americana, mas que del suicidio de una encantadora

jóven muy conocida por su elegancia Mll. X... que hace algunos meses habia llegado de América, habitaba el barrio de la Magdalena. El miércoles 17 del corriente, varios americanos recibieron una carta de la jóven, diciendo que por la tarde de 6 á 7, la hallarian muerta en el bosque de Bolonia cerca del tiro de pichones:

Corrieron al bosque, cuando ya la noche habia cubierto el suelo con sus sombras, llegaron al tiro de palomas y despues de mucho buscar oyeron vagos gemidos salir de un bosquecillo, en el que penetraron y hallaron á Mll. X... tendida en un charco de sangre con una pistola con culata de marfil en su crispada mano.

La pobre jóven respiraba aun; la trasportaron á su domicilio y un médico, llamado al momento, declaró que su estado era muy grave, pero que se podia esperar salvarla. La bala habia penetrado por bajo el seno derecho, y resbalando por una costilla habia ido á hospedarse en la espalda. Felizmente lograron extraerla: era una bala pequeña de forma cilindrica.

En el primer momento no se explicaban como la jóven se habia disparado un tiro en el lado derecho, pero un amigo, dió la explicacion; la jóven es zurda. Queda por decir y casi es inútil decirlo, que la jóven ha llegado á este exceso por una pena de amor. Hace ya algunas semanas que habia intentado envenenarse, pero, el último medio empleado para poner un término á sus dias, prueba que tiene una energia rara en una mujer.

Durante el dia habia ido á comprar en casa de Lepaje la pequeña pistola que empleó, y preguntó con la mayor sangre fria cual era la forma de bala mas mortífera. Pocas mujeres hubiesen tenido el valor de tirarse un pistoletazo; pero el revólver es un arma familiar á las americanas.

Huir del peligro es lo que importa para no perecer en él. Confortar el espíritu con la fé y la esperanza cristiana es el único remedio, es el único puerto de salvacion.

**

Voy á terminar este mosaico, dando á mis lectoras una importante noticia.

El corazón ha cambiado de domicilio en las mas personas.

Ya no se alberga en el pecho. Vive en el bolsillo. Por eso ahora consultan el bolsillo antes de casarse. Antes los amantes solian decir á sus novias:

—Te amo, pongo mi corazón á tus piés. Hoy dicen:

—¡Te adoro, pongo mi bolsillo en tus manos!

El corazón ha traspasado todos sus derechos al bolsillo.

Amor puro, platónico, ya no se encuentra en estado fósil.

ADRIANA BUENDIA.

Lima Julio 10 de 1875.

EMPRESA TIPOGRAFICA'
Calle de Camaná, antes Ayacucho. Ns. 128 y 130.